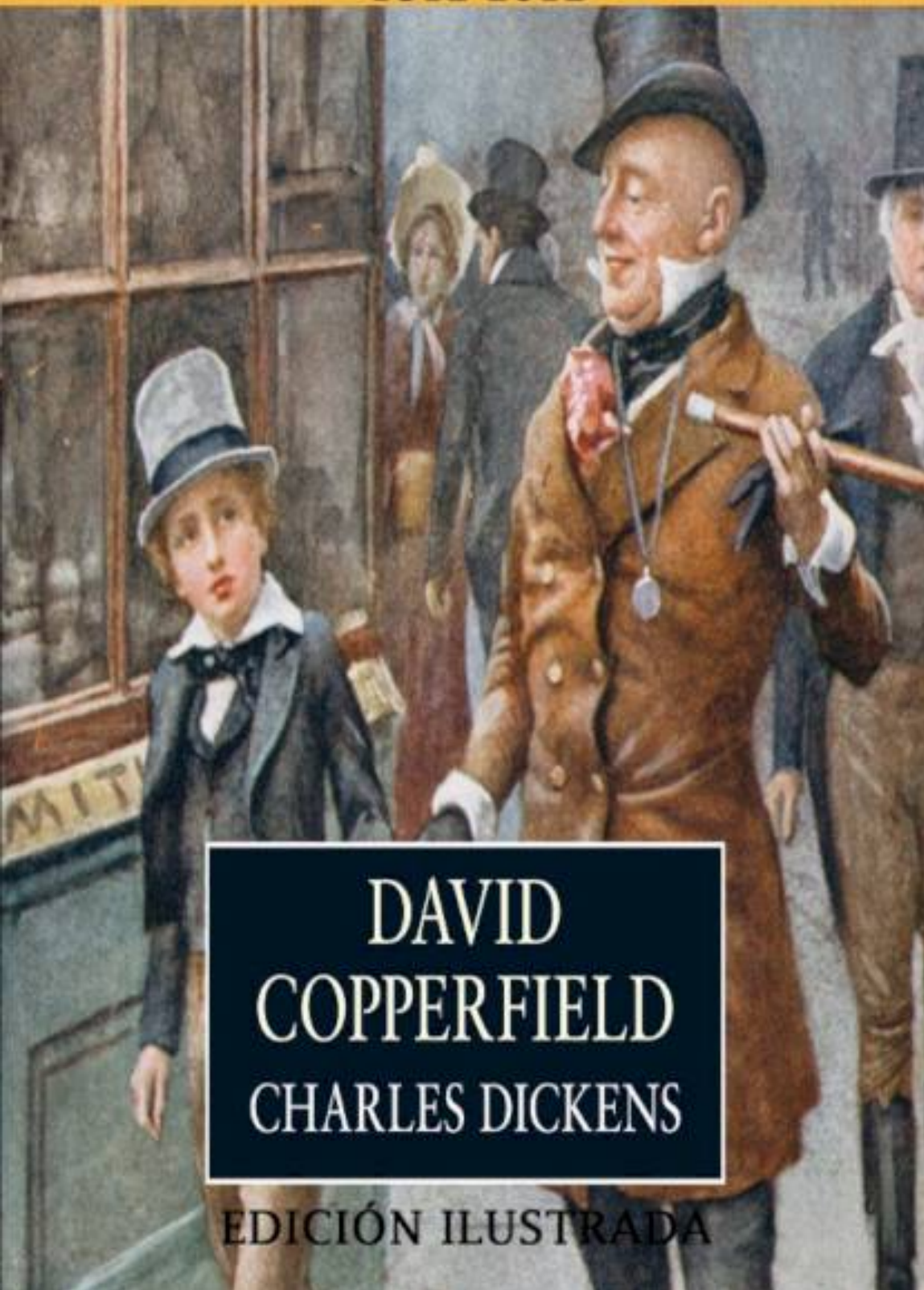


BICENTENARIO DICKENS

1812-2012



**DAVID
COPPERFIELD
CHARLES DICKENS**

EDICIÓN ILUSTRADA

La huella autobiográfica que Charles Dickens (1812-1870) dejó en *David Copperfield*, una de sus obras más importantes, convirtió este libro en el más cercano a su corazón. David, como Dickens, vivió una infancia feliz leyendo y asistiendo a la escuela hasta que su suerte cambió. La transmutación íntima de ambos, protagonista y autor, fue compleja y sutil. Aunque ficción y realidad no siempre coinciden, las desdichas de la niñez, el trabajo en la abogacía, la condición de escritor y varios de los personajes responden a la experiencia personal de su autor. Narrada desde la distancia del adulto, la vida de *David Copperfield* encierra sátira y humor irónico, luto y angustia, pero también mucha alegría y ruido de personas.

Charles Dickens (Portsmouth, 1812 – Gadshill, 1870) ha llegado hasta nosotros como el autor más importante e influyente de la literatura victoriana. Sus obras y su peripecia personal, íntimamente relacionadas, plasmaron no sólo el pulso social de su época, también el terrible estado moral de una sociedad atrapada en la desigualdad y las convenciones. Dickens experimentó la miseria, el éxito popular, la cárcel, el hambre... sólo logró cumplir con el más íntimo de sus anhelos, la libertad, entregándose a la literatura. Aunque muchas de sus obras gozaron de un extraordinario favor popular, baste decir que muchas de ellas fueron publicadas por entregas, en formato folletín; serían las críticas entusiastas de George Gissing y G. K. Chesterton las que encumbrarían a Dickens como el autor más importante de la literatura inglesa del siglo XIX.

Nota al texto

The Personal History, Adventures, Experience and Observation of David Copperfield the Younger, of Blunderstone

Rooker y (Which he never meant to be Published on any Account) fue publicado por entregas, con las ilustraciones de H. K. Browne, «Phiz», de mayo de 1849 a noviembre 1850 por Bradbury & Evans (Londres), editores de Dickens desde 1844 hasta 1858. Inmediatamente después de la última entrega apareció en forma de libro, en un volumen, con el título abreviado de *The Personal History of David Copperfield*. En el texto de esta primera edición se basa la presente traducción.

David Copperfield

Prólogo a la edición de 1850

Difícilmente podré distanciarme lo suficiente de este libro, en medio de las emociones que me embargan después de terminarlo, para hablar de él con la frialdad que un encabezamiento tan formal parece exigir. Mi interés por él es tan reciente y tan intenso, y mi ánimo se encuentra tan dividido entre la alegría y la pena –alegría por culminar una larga aspiración, pena por separarme de tantos compañeros– que corro peligro de aburrir al lector, a quien aprecio, con confidencias personales y sentimientos íntimos.

Además, todo lo que podría decir sobre esta historia, con cualquier propósito, he procurado decirlo en ella.

Es posible que al lector le interese muy poco saber con cuánta tristeza se abandona la pluma después de una labor creadora de dos años; o cómo se siente el autor al arrojar una parte de sí mismo en el reino de las sombras, cuando una multitud de criaturas de su imaginación se separan de él para siempre. Y, sin embargo, no tengo nada más que contar; a menos que confiese (lo que quizá sea aún menos relevante) que a nadie podrá parecerle más real esta narración, al leerla, de lo que me ha parecido a mí al escribirla.

Por ese motivo, en lugar de volver la vista atrás, miraré al futuro. No puedo cerrar este volumen de un modo más grato para mí que con una mirada esperanzadora al día en que vuelvan a publicarse mis dos hojas verdes una vez al mes, y con un recuerdo agradecido al sol y a la lluvia que han caído sobre estas páginas de *David Copperfield*, llenándome de felicidad.

Londres, octubre de 1850

Prólogo a la edición de 1867

Tal como señalé en el primer prólogo de este libro, no me resultaba fácil distanciarme lo suficiente, en medio de las emociones que me embargaban después de haberlo terminado, para hablar de él con la frialdad que un encabezamiento tan formal parecía exigir. Mi interés por él era tan reciente y tan intenso, y mi ánimo se encontraba tan dividido entre la alegría y la pena –alegría por culminar una larga aspiración, pena por separarme de tantos compañeros– que corría peligro de aburrir al lector con confidencias personales y sentimientos íntimos.

Además, todo lo que hubiera podido decir sobre esta historia, con cualquier propósito, había procurado decirlo en ella.

Es posible que al lector le interese muy poco saber con cuánta tristeza se abandona la pluma después de una labor creadora de dos años; o cómo se siente el autor al arrojar una parte de sí mismo en el reino de las sombras, cuando una multitud de criaturas de su imaginación se separan de él para siempre. Y, sin embargo, no tenía nada más que contar; a menos que confesara (lo que quizá sea aún menos relevante) que a nadie podría parecerle más real esta narración, al leerla, de lo que me había parecido a mí al escribirla.

Tan ciertas son estas afirmaciones, todavía hoy, que sólo me queda algo nuevo que confiar al lector. De todos mis libros, éste es el que prefiero. Nadie pondrá en duda que soy un padre afectuoso con todos los hijos de mi imaginación, y que ningún otro progenitor puede querer a su fami-

lia con tanta ternura. Pero, como muchos padres afectuosos, tengo un hijo favorito en el fondo de mi corazón. Y su nombre es David Copperfield.



Blunderstone - Suffolk

I

Nazco

Si llegaré a ser el héroe de mi propia vida u otro ocupará ese lugar, lo mostrarán estas páginas. Para comenzar por el principio el relato de mi vida, diré que nací (según me contaron y así lo creo) un viernes, a las doce de la noche. Un detalle que no pasó inadvertido fue que el reloj empezase a sonar y yo a llorar al mismo tiempo.

Teniendo en cuenta el día y la hora de mi nacimiento, la partera y algunas comadres de la vecindad, que ya sentían un vivo interés por mí varios meses antes de que tuviéramos ocasión de conocernos personalmente, afirmaron, primero, que mi vida sería desgraciada y, después, que gozaría del privilegio de ver fantasmas y espíritus; estaban convencidas de que ambos dones iban inevitablemente unidos a todos los infortunados niños de uno u otro sexo que nacieran en viernes, a primeras horas de la madrugada.

No hablaré aquí de la primera de esas predicciones, pues nada mejor que mi relato para revelar si ha resultado falsa o no. Con respecto a la segunda, me limitaré a señalar que, a menos que malgastara esa parte de mi herencia cuando era niño, todavía no he sentido su influjo. Pero no lamento en absoluto no haber entrado en posesión de dicho legado; y si alguien se encuentra disfrutando de él en el presente, estaré encantado de que lo conserve.

Nací con un trozo de membrana amniótica en la cabeza, que fue puesta a la venta en los periódicos al módico pre-

cio de quince guineas.^[1] Desconozco si las gentes que salían a la mar andaban por entonces escasas de dinero o tenían poca fe y preferían chalecos de corcho; sólo sé que hubo una única oferta de un abogado experto en fletamentos marítimos, el cual propuso pagar dos libras en metálico y el resto en vino de jerez, pero se negó a dar más dinero a cambio de la seguridad de no morir ahogado. Puesto que el jerez de mi propia madre estaba aquellos días a la venta, el anuncio fue retirado sin reportarnos el menor beneficio. Diez años después mi membrana fue sorteada en nuestra región; se vendieron cincuenta papeletas al precio de media corona, y el ganador debía pagar cinco chelines más. Yo estuve presente en la rifa, y recuerdo que me sentí molesto y confuso al ver cómo se disponía de una parte de mí. La membrana le tocó a una anciana que llevaba una pequeña cesta, de la que sacó a regañadientes los cinco chelines estipulados, en monedas de medio penique; y no sirvió de nada perder el tiempo en explicaciones aritméticas, pues nadie logró convencerla de que le faltaban dos peniques y medio. Y ningún vecino olvidará en mucho tiempo el hecho extraordinario de que la anciana no muriese ahogada sino triunfalmente en su lecho, a los noventa y dos años de edad. Tengo entendido que se vanagloriaba de no haber estado sobre el agua en toda su vida, si exceptuamos cuando pasaba por un puente; y, hasta el final de sus días, mientras tomaba el té (al que era muy aficionada), siguió manifestando su indignación contra la insolencia de los marinos y otras gentes que tenían la osadía de ir deambulando por el mundo. Era inútil tratar de explicarle que, gracias a una práctica tan censurable, podíamos disfrutar de algunos privilegios, entre ellos, quizá, el té. Ella respondía cada vez con mayor vehemencia, convencida de la fuerza de sus argumentos: «¡Nada de rodeos!».

Y para no andarme yo tampoco con rodeos, volveré a mi nacimiento.

Vine al mundo en Blunderstone, Suffolk, o «por ahí», como dicen en Escocia. Fui un hijo póstumo. Los ojos de mi padre llevaban seis meses cerrados a la luz de este mundo cuando se abrieron los míos. Incluso hoy, experimento una rara sensación cuando pienso que jamás me conocí; y todavía más extraño es el borroso recuerdo de las primeras veces que, siendo muy niño, visitaba su lápida blanca en el cementerio, y de la indefinible compasión que sentía por él, tendido allí solo, en medio de la oscuridad de la noche, mientras nuestra salita estaba caliente e iluminada, gracias al fuego de la chimenea y a las velas, y las puertas de nuestro hogar, de un modo que a veces me parecía cruel, cerradas a cal y canto.

Una tía de mi padre y, por consiguiente, tía abuela mía, de la que ya hablaré más adelante, era el miembro más importante de la familia. La señorita Trotwood o señorita Betsey, como mi pobre madre la llamaba cuando se atrevía a nombrar a tan imponente personaje (lo que ocurría en raras ocasiones), había contraído matrimonio con un hombre más joven que ella, y además muy apuesto; pero como dice el viejo refrán, «no es oro todo lo que reluce», pues existían fuertes sospechas de que había maltratado a la señorita Betsey, e incluso de que, en cierta ocasión, en una discusión por asuntos de dinero, había estado a punto de arrojarla por la ventana de un segundo piso. Semejantes pruebas de incompatibilidad de caracteres indujeron a la señorita Betsey a pagarle para poner tierra de por medio, aceptando una separación amistosa. Él se marchó a la India con el dinero y allí, según la absurda leyenda que circula por nuestra familia, se le vio a lomos de un elefante en compañía de un babuino; aunque yo creo que debía tratarse de un bengalí educado a la inglesa o de una dama de noble cuna del Indostán.^[2] En cualquier caso, diez años después llegaron de la India noticias de su muerte. Nadie supo la impresión que tales nuevas causaron a mi tía; pues, inmediatamente después de la separación, había vuelto a adoptar su apelli-

do de soltera, había comprado una casa de campo en una lejana aldea junto al mar y se había instalado allí en compañía de una criada. Desde entonces, vivía aislada del mundo, en un inflexible retiro.

Tengo entendido que mi padre había sido su sobrino favorito; pero su matrimonio había constituido una terrible afrenta para ella, pues consideraba a mi madre una simple «muñeca de porcelana». No la había visto nunca, pero sabía que aún no había cumplido los veinte años. Desde entonces, mi padre y la señorita Betsey no se habían vuelto a ver. Él doblaba a mi madre en edad y era un hombre de constitución delicada. Murió un año después de la boda y, tal como he señalado, seis meses antes de que yo viniera al mundo.

Y así estaban las cosas la tarde de aquel decisivo e importante viernes, y espero que me perdonen por llamarlo así. No pretendo que nadie crea que yo conocía entonces la situación, o que conservo el menor recuerdo, basado en el testimonio de mis propios sentidos, de lo que sigue.

Mi madre estaba sentada junto a la chimenea, muy débil y abatida, contemplando el fuego a través de las lágrimas, presa del desánimo ante su suerte y la del pequeño huérfano, al que daban ya la bienvenida al mundo –que no parecía demasiado contento con su llegada– algunas docenas de proféticos alfileres en un cajón del piso superior; mi madre, como iba diciendo, se encontraba aquella tarde clara y ventosa del mes de marzo sentada al amor de la lumbre, triste y temerosa, casi sin esperanzas de salir con vida del trance que le aguardaba, cuando, al alzar los ojos para enjugar sus lágrimas, divisó por la ventana a una dama desconocida que se acercaba por el jardín.

Al mirarla por segunda vez, mi madre tuvo el convencimiento de que era la señorita Betsey. El sol del atardecer iluminaba su figura por encima de la valla del jardín, mientras caminaba hacia la puerta con un paso tan enérgico y un semblante tan decidido que sólo podía tratarse de ella.

Cuando llegó a la entrada, dio otra prueba de su identidad. Mi padre había comentado a menudo que rara vez se comportaba como el resto de los mortales; y, en aquellos momentos, en lugar de tocar la campanilla de la puerta, se acercó a la ventana y miró dentro del gabinete, aplastando de tal modo la punta de su nariz contra el cristal que mi pobre y querida madre solía decir que se le había quedado inmediatamente blanca y achatada.

Y mi madre se llevó un susto tan grande al verla que siempre he estado convencido de que la señorita Betsey fue la causante de que yo naciera un viernes.

El nerviosismo había empujado a mi madre a levantarse de la silla y a colocarse tras ésta en un rincón. La señorita Betsey miró lentamente por toda la estancia, con aire inquisitivo, moviendo los ojos como una cabeza de sarraceno de un reloj holandés hasta que la vio. Frunció entonces el ceño y le ordenó con el ademán de alguien acostumbrado a mandar que saliera a abrir la puerta. Mi madre obedeció.

—*Supongo* que es usted la señora de David Copperfield —exclamó la señorita Betsey; y quizá lo dijera con cierto énfasis al ver la ropa de luto y el estado de mi madre.

—En efecto —respondió ésta débilmente.

—Soy la señorita Trotwood —afirmó la recién llegada—. Imagino que ha oído hablar de ella.

Mi madre repuso que había tenido ese placer; tuvo, sin embargo, la desagradable sensación de que sus palabras habían dejado entrever que éste no había sido demasiado intenso.

—Pues ahora la conoce personalmente —dijo la señorita Betsey.

Mi madre inclinó la cabeza y le rogó que entrara.

Se dirigieron de nuevo al gabinete, pues, desde el funeral de mi padre, la chimenea de la sala principal, al otro lado del pasillo, no se había vuelto a encender; cuando tomaron asiento, la señorita Betsey guardó silencio y mi madre, tras intentar dominarse en vano, rompió a llorar.

–¡Vamos, vamos! –se apresuró a exclamar la recién llegada–. ¡No llore más!

Mi madre, sin embargo, incapaz de contenerse, continuó sollozando hasta agotar las lágrimas.

–Quítese la cofia, muchacha –le pidió la señorita Betsey–, deje que la vea.

Aunque no se hubiera sentido inclinada a ello, mi madre tenía demasiado miedo de la señorita Trotwood para desestimar su extraña petición. Por ese motivo, obedeció; pero las manos le temblaban tanto que sus cabellos, hermosos y abundantes, cayeron sobre su rostro.

–¡Santo Cielo! –exclamó la señorita Betsey–. ¡Si no es usted más que una niña!

Mi madre parecía, sin duda, menor de lo que era; la pobre bajó la cabeza, como si fuera culpa suya, y contestó entre sollozos que, en efecto, temía ser una viuda y una madre demasiado joven, si conseguía sobrevivir. Durante el breve silencio que siguió a sus palabras, tuvo la sensación de que la señorita Betsey acariciaba sus cabellos con cierta ternura; pero, al dirigirle una mirada tímida y esperanzada, la vio sentada con las faldas recogidas, las manos enlazadas sobre una rodilla y los pies apoyados en la pantalla de la chimenea, mientras contemplaba el fuego con el ceño fruncido.

–¡En nombre de Dios! –dijo de pronto la señorita Betsey–. ¿Por qué Rookery?^[3]

–¿Se refiere al nombre de la casa, señora? –preguntó mi madre.

–¿Por qué Rookery? –repitió la recién llegada–. Cookery^[4] habría sido mucho más apropiado. Si alguno de los dos hubiera tenido un poco de sentido práctico...

–El señor Copperfield fue quien eligió el nombre –repuso mi madre–. Cuando compró la finca, le gustaba pensar que había grajos en los alrededores.